



# ¿QUIÉN SOY YO?

LEWIS - MONIMONI

Ayuntamiento de Madrid



FAN  
LEW  
qui  
R00  
111

# ¿QUIÉN SOY YO?

LEWIS - MONIMONI



R. 40 1851236

Municipio de Madrid

Todos los derechos de la obra escrita "¿Quién soy yo?" pertenecen a Jorge Luis Rodríguez Espigares, alias "Lewis".

Portada y contraportada ilustradas por Mónica Cencerrado, alias "MoniMoni",

Maquetación realizada por Jorge Luis Rodríguez Espigares y Mónica Cencerrado.

El autor pide disculpas por adelantado por si pudiera haber alguna errata o fallo y asume toda la responsabilidad de los mismos.

Depósito Legal:

Impreso en Pixartprinting S.p.A.

# **LA LLEGADA**





— Dile que entre.

Otra visita, alguien más interesado en ella. Otro diplomático, consejero o vaya usted a saber qué... Otra persona, ni más ni menos, nada de especial, nada que merezca la pena.

— Espero verla pronto en nuestro reino, querida.

Otra visita y otra puerta que se cierra con una falsa sonrisa. El mayordomo se retira de la habitación tras el paso del visitante con una reverencia y ella mira por la ventana. Ante sí el mayor paisaje posible en toda la región, el más bello del reino... Para la chica el más vacío. Demasiadas veces visto, el detalle torna mancha para sus ojos.

Mañana hay una fiesta... ¿o debería llamarlo sangriento festival de multitudes? En el reino las ejecuciones son celebradas a voz en grito por una ignorante muchedumbre que aclama a las llamas con tanta o más fuerza que la que posee el viento cuando se lleva con el humo negro las almas de los condenados. Salir, saludar, sonreír, ver morir. Todo es uno para la joven. Habituada al evento desde niña, no se para a pensar en la vida de cada condenado... Sólo es una vida, como la suya, tampoco será para tanto. Los gritos que oye son de dolor físico, no por temor a perder la existencia. No cree que nadie deba tener miedo a perder algo tan insignificante.



La celebración acaba. El gentío se dispersa. La muchacha vuelve a sus aposentos con olor a chasca en sus ropajes. Años atrás pensó en una ocasión que si el humo provenía del cuerpo de alguien, todos los presentes llevarían el alma de esa persona en su ropa hasta que se disipase su fragancia. Pero ahora no piensa en eso. Se quita el vestido y lo entrega a su sirvienta. Nada importa si la prenda tiene una, un millar o un millón de almas entre sus telas. El jabón se encargará de trasladarlas al río y así dejarán de molestarla.

— Señorita. La reclaman en el sótano.

No va a ver botellas ni pertenencias guardadas, como cabría esperar. El sótano del palacio no es como otros sótanos. El sótano del palacio no es un lugar cualquiera. Allí son encerrados los presos que posteriormente pasan a la pira. Una de las magnas labores de la heredera es bajar y elegir, según su gusto, dos o tres afortunados que no morirán, como muestra de bondad real. Sólo el entrenamiento teatral proporcionado por la experiencia le permite disimular que realiza las designaciones al azar. Llegados hasta ese punto, ninguno merece vivir más o menos que otro y, siendo ella quien es, tampoco merece tener el poder de decidir sobre la vida de una persona razonadamente. Dejarlo todo al azar y la primera impresión. Tal consideración fue siempre la principal en su mente en tales momentos.

— ¡Eh tú, escorial! ¡Inclínate al paso de la princesa!







El chico hace oídos sordos. Se mantiene de pie... bueno, lo intenta. Los golpes de los guardias son demasiado severos como para que no se incline. La chica se intriga por tal rebeldía ante algo tan nimio. Tan absurdo. Si vio que todos los presos se inclinaban a su paso, ¿por qué él no? Le coge la barbilla y levanta su sangriento rostro hasta que las miradas se encuentran.

— ¿Cómo te llamas, chico?

El chaval la mira de abajo a arriba, hasta que de nuevo los ojos se cruzan. Se sondean, se intimidan. Finalmente, se desprecian.

— No sé. ¿Quién eres tú?

La heredera. La princesa. La hija del reino. La mujer que se encuentra delante de un ignorante, provocador o pizca de ambas. No. Ninguna de ellas. Sólo es una chica sorprendida. Su juicio visual ha sido rebatido. El aura que la rodeaba causando envidia, respeto, animadversión y admiración se acaba de romper. Para él no es nadie. Su vida no vale más que la suya. Su cabeza no debe estar bajo la línea de los ojos verdes de la muchacha. No es que no la idolatre. No la conoce... o quizá incluso la está humillando con la pregunta. Siente asco y a la vez atracción. La ha minusvalorado tanto que se siente elevada a un trono hasta entonces desconocido para ella... Habría podido llegar hasta a





disfrutar del momento de no ser porque la garrota del guardián la arranca de sus confusos pensamientos. El chico vuelve a estar inclinado involuntariamente ante su estampa.

— Insolente!

— No. Espera.

La femenina y suave mano detiene el brazo en alto del carcelero. Las pieles se rozan. Para ella no significa nada, pero para ese armado infeliz, lo es todo. Se aparta, disculpándose. La princesa se agacha a la altura de la cara del preso. Él se pone en pie ante su sorpresa. El guardián gruñe cual perro, sólo apaciguado por la mirada fría pero tranquila de la chica, ya en pie también.

— ¿Por qué fuiste condenado?

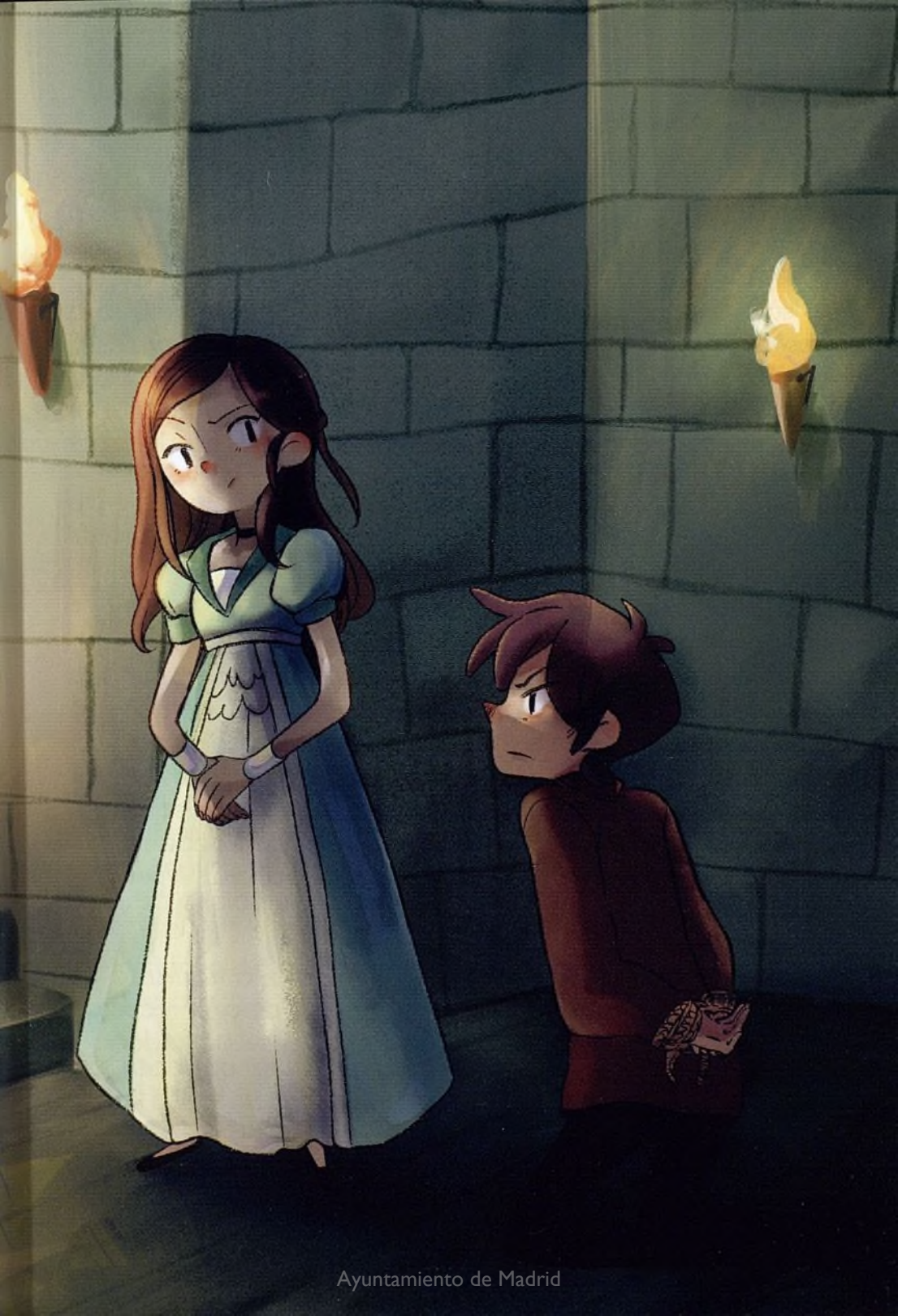
— Ni idea. Pregúntale al del palo.

La chica obedece con una relajación que la sorprende incluso a ella misma. ¿Alguna vez alguien que no fuera sus padres le había dado una orden? Hasta el hombre tarda un momento en contestarle, desconcertado al verla mirándolo con impaciencia.

— Se le imputan varios delitos por... «hablar demasiado», digamos.

— ¿Hablar demasiado?







— Sí. Es culpable de múltiples desacatos a la autoridad en varias aldeas. Su insumisión es intolerable.

No sólo ella había sufrido la humillación de verse rebajada a ojos de ese joven. Otros mandatarios, soldados, guardias... también habrían recibido ese «¿quién eres tú?» No sabe si irritarse o alegrarse. No es desprecio o desconocimiento por su persona, sino por cualquiera. Por el mundo. Por la vida. Siente curiosidad. Se gira hacia el carcelero de nuevo.

— Éste no será ejecutado.  
— ¡Señorita!

Rápidamente el subordinado se arrepiente de su reacción, tras comprobar cómo no es nadie ante los inquisitoriales ojos de una futura monarca. Tras hacer una reverencia de disculpa se retira y libera al joven, que es llevado de los brazos por dos soldados al exterior. La chica avanza. Reanuda su labor. Quedan muchos presos y, si bien no puede evitar sentir por dentro una inquietante y gustosa sensación, no debe perder la compostura. Maquilla mentalmente sus facciones. Vuelve el azar a sus elecciones.

El sol se eleva sobre las montañas situadas a la izquierda de la ventana. Ya no existe sensación alguna, pero el recuerdo no tiene tanta facilidad para morir. Busca a su mayordomo y le pregunta por el paradero del chico exculpado.





— Se lo llevarán a trabajar forzosamente en el campo dentro de un rato. Está en los establos.

Tras quedarse con los ojos como platos de pronto se levanta y corre escaleras abajo, ante la sorpresa del hombre, no mayor que la suya propia. Saluda tímidamente a quien se encuentra en el primer piso. Ignora a la gente en la planta del castillo. Alcanza el exterior y se dirige a las cuadras. Los soldados que custodian la puerta se inclinan asombrados ante la presencia de la princesa en ese lugar. No la esperaban. Nadie los había informado de esa visita, mas prefieren no preguntar. Ya hablará y explicará ella.

— ¿Están aquí los condenados redimidos ayer?  
— Sí, su excelencia. ¿Qué desea que hagamos con ellos?  
— Sacad al más joven.

El soldado más cercano a la puerta habría cuestionado tal decisión, de no ser por la forma que tiene de mirarle la chica. Ni el rango ni la entereza le permiten discutir su palabra. A los pocos segundos sale con el joven agarrado de la camisa. La princesa decide ponerlo a prueba.

— Muchacho. ¿Quién soy yo?  
— Ya te dije que no tengo ni idea.

El soldado lo golpea en el vientre. Esta vez ella no hace nada por evitarlo. Por el contrario, sonríe. Aunque no tan





intensa, rememora la sensación del día anterior.

— Que uno de los dos me acompañe para traerlo conmigo dentro del castillo. Tengo que hablar con mi padre.

Uno de los soldados la acompaña, tirando de los grilletes que encadenan al convicto. Mientras, el chaval parece no inmutarse, a pesar de lo extraño de la situación. Los sigue sin rechistar. Está cansado de oler estiércol.

— Quiero que sea mi sirviente.

El rey no puede terminar de creerlo. Su hija acaba de interrumpir tareas reales para pedirle la gracia de tener como esclavo a un criminal. Su esposa no se halla en esa sala, así que está solo ante la mirada de su heredera.

— ¿Se puede saber para qué lo quieres como sirviente?

— Mis razones tengo.

— ¿Y si causa problemas?

— Se hará uno con el cielo.

El padre sabe que no vencerá ante su labia. Desiste. Una chica sin caprichos a pesar de tenerlo todo. Merece tener alguno, piensa. La reina lo apoyará sin duda. El joven no le da ni buena ni mala espina por su aspecto. Está callado. No se rebela, ni grita, ni suplica... Hasta cierto punto todo ello le da miedo, sí, pero no representa un peligro físico en





apariciencia. Si hace algo, hoguera. Si no hace algo, hoguera. No tiene pinta de ser un chaval estúpido. En su mirada sabe ver la madurez de un adulto, si bien tanto interés por parte de su hija lo hace pensar. Algo de orgullo infantil debe albergar ese cuerpo menudo. Sí. Lleno de moratones y heridas hay que ser muy niño para pretender hacer como que nada le duele. Acepta.

— Vale, tienes mi permiso.

La hija da las gracias y habla con su mayordomo, ya presente, sobre como adecentarlo. Entretanto, las miradas de rey y esclavo se cruzan. Nadie debería sostenerle la mirada al rey, mas los segundos pasan. El adulto empieza a entender a la adolescente. Hay algo en su mirar. Cualquiera habría rehuido los severos ojos del monarca. Él actúa de forma contraria. Contesta al duelo. No daré problemas. Tampoco me someteré. El rey se muestra conforme. A su edad aprendió que disfrutar de aquel que cuestiona su supremacía es mucho mejor que condenarlo. Ve a lo que has venido. Sírvela. Sus ojos vuelven a los papeles, sellos y firmas. El chico es liberado de los grilletes y sigue a princesa y mayordomo.

— Ven, te mostraré tus aposentos. Dormirás en la habitación del difunto bibliotecario.

El mayordomo está al principio molesto, pero luego también conforme en parte. Siente como si no fuera él suficiente para





servir a su excelencia. Pero sabe que en realidad no deja de ser un capricho, lo cual lo apacigua. Además, si todo sale bien, significará menos trabajo para él. El pecho herido, el cerebro contento. Tiempo al tiempo y agradecerá la excentricidad de su futura reina.

Finaliza la explicación. El chico no dice nada, si bien mira todo con detenimiento. Libros lo rodean. Parece extasiado por tal circunstancia. Sus facciones lo ocultan, pero el loco devenir de sus ojos lo delata. La princesa pide al mayordomo que salga de la sala. Le toca hablar a ella. La presentación acabó, empieza la prueba de verdad.

- Eres consciente de que te he salvado la vida, ¿verdad?
- Sí. Gracias.

El silencio muestra la sorpresa de la joven. Nuevamente vuelve la sensación que experimenta desde ayer. No es siempre desagradable. No es cumplidamente amable. Sencillamente se sale de lo que conoce. No permite control alguno. Demasiado embarrado para ser un foco de luz. Demasiado transparente para no reportar luminosidad alguna. Una mirada horizontal. El silencio pierde su presencia.

- Aunque si te soy sincero, no termino de entender el porqué de que lo hicieras.
- Pensé que no merecías morir.
- Ninguno allí merecía morir.







- ¿Conoces acaso todos los crímenes que cometieron?
- No.
- ¿Entonces?
- No hay crimen que merezca la muerte.
- ¿Ah, sí? ¿Entonces cómo castigarías a un asesino sanguinario?
- Recluyéndolo del mundo.
- Lo tendrías que mantener con alimentos y celda. ¿Qué consigues con ello?
- Que desee su muerte y no que la tema.

La chica se sienta en la diminuta cama. Él prefiere seguir de pie. Difícilmente puede ya contener la sorpresa que le produce estar manteniendo un coloquio con un delincuente. Se supone que los criminales son personas a las que su corto nivel de razonamiento lleva a comportarse de forma atroz. Eso piensa ella, aunque quizá al salir de la sala comience a ponerlo en duda. O lo que piensa es falso o él no es un criminal. Preguntará. No parece que el chico vaya a ocultarle nada.

- Pensaba que estabas siendo compasivo.
- Ni mucho menos.
- ¿Y por qué el confinamiento?
- Para que carezca de todos los aspectos de la vida, salvo del dolor de ser consciente de esa carencia.
- Visto así, parece peor que la muerte.
- Lo es. La muerte sólo lo iguala con aquellos que privó de su existencia, pero él merecería algo más cruel.





- ¿Y tú qué merecerías por tus crímenes?
- Nada. Yo no atenté contra la vida o bienestar real de nadie.
- Pero quebrantaste varias leyes de autoridad.
- ¿Y qué hace a esas leyes ser tan divinas? ¿Qué aportan a la vida de los que me rodeaban?

La chica se siente fascinada y a la vez enfadada. No puede responder nada que no contenga la palabra «control». Le enseñaron que la plebe debe ser manejada por su propio bien. Este chico no puede ser más listo que sus mentores. Pero si habla de control, la conversación cesará. Él no es controlable. Puede encerrarlo, torturarlo, llenarlo de grilletes y finalmente abrasarlo, pero no lo puede controlar. En apenas un día lo sabe. En apenas un día le está planteando dudas. En apenas un día la está sacando de su apatía. No, no puede mencionar el control. Dejará su argumentación en libertad y tratará de contrarrestarla sin apelar al conocimiento de otros. Ordena las ideas en su cabeza. Cuando en apenas unos segundos las tiene ya perfectamente colocadas, se deshacen en pedacitos.

- No me has dado aún una explicación convincente de por qué me has sacado del matadero.
- ¿Y ese cambio de tema?
- Te paraste a pensar, luego no tienes nada interesante que decirme.





Insolente! ¡Desvergonzado! Piensa, pero está demasiado noqueada como para contestar. Si otras veces dudó de si la estaba humillando, ahora es plenamente consciente de ello. La admiración y la frustración se unen formando un conglomerado de sensaciones que su frío corazón no puede soportar. Hacía tiempo que no se enfadaba y no se ve capaz de controlar su rabia si sigue hablando. Le ha mostrado el placer de la conversación libre, natural, plena... y se lo ha robado poco después, en forma de derrota argumental. La poca cordura reflexiva que mantiene en estos instantes le aconseja actuar con calma. La vida del muchacho depende de ella y un griterío podría provocar su ejecución. Decide que lo mejor será marcharse. No encuentra otra forma de acción viable tal como son sus sentimientos ahora mismo. Se levanta, dispuesta a despedirse y abrir la puerta, pero entonces algo sucede. Él ha ganado, cierto. Ella perdió. Pero no puede marcharse admitiendo así su inferioridad ante un criminal. La frase cruza su mente sin necesidad de pensarla. Lo hará meditar. Lo conducirá a una nueva conversación con ella de nuevo. Lo llevará a seguir elevándola al trono de considerarla su igual. Es perfecta.

- Mira. Tanto que hablas de la vida... ¿qué es para ti la vida?
- Algo demasiado complejo como para describirlo en una frase.
- Por esto mismo te he salvado de la muerte.



Se siente princesa. Se siente diosa. La perdedora de un duelo donde el contrincante la pilló desprevenida. La futura vencedora si consigue entablar nuevas conversaciones con ese chico. En su mundo de sencillez y tristeza ha aparecido alguien complejo y estimulante. Y lo ha cazado. No lo controlará nunca, pero por lo menos lo tiene amarrado. Ni su estatus ni su autoridad. El chico no puede disimular la sorpresa ni tan siquiera en su rostro ante la frase que acaba de salir de sus suaves labios. Una frase ni tan siquiera meditada o elaborada. ¡Quién lo diría! Pero el esfuerzo de ser princesa, diosa, e igual a ese muchacho, la agota. Ya tuvo suficiente por hoy. Abre la puerta, a cuya derecha se encuentra esperando el mayordomo. Se gira. Mira al joven con rabia y desafío, latentes bajo una apariencia indiferente.

— Acomódate. Mañana empezará tu trabajo.







# LA HUIDA







La confusión reina en el palacio. Nadie entiende lo que acaba de ocurrir, pero hay fuego, hay gritos. Sale al balcón y la garganta se le irrita. La columna de humo se extiende a ni siquiera un kilómetro de los límites del castillo. Quizá siga dormida. Quizá esto sólo es un mal sueño. Otro mal sueño, como su ausencia.

— ¡Rápido, movilizad a los soldados! ¡El fuego ha sido provocado! ¡Nos atacan!

La chica oye las frases bajo la cornisa de la terraza que se disponía a abandonar. Hay demasiado movimiento para ser un sueño. El mayordomo abre alterado la puerta.

— ¡Señorita, tenemos que bajar inmediatamente!!

— ¿¡Qué ocurre!

— Nos están atacando, princesa.

La chica no consigue reaccionar. Entra en trance. El mayordomo la coge del brazo y la saca de la estancia, llevándola a las escaleras. No entiende por qué un ataque. No entiende por qué ahora. El desconocimiento de las políticas reales de sus padres provoca en ella un desconcierto que nada tiene que ver con la actitud de la mayoría de la gente de palacio. Todos parecen haber estado preparados para este momento. La gente va de un lado a otro, sin atisbo de pánico. Sólo cumplir la tarea



designada. Todos con una misión, salvo ella. Arrastrada por la fuerza y voluntad de su mayordomo.

- ¿¡Quién nos ataca!?
- Es una revuelta, su excelencia.
- ¿¡Y por qué!?

El mayordomo calla. Años de servicio. Años de cariño. Años sabiendo que aún es una niña, y durante los cuales la vio apagada hasta que ese niño apareció. No la culpa por haber estado ausente de todo durante la estancia del exconvicto en el palacio. La entiende. Estuvo feliz de verla contenta, aunque no fuera gracias a él mismo. Demasiado viejo. Demasiado diferente. Ese joven tenía justo lo que ella pedía. La entiende, pero no puede evitar llenarse de ira al oír la pregunta de la joven. Aun con todo, podría haber prestado más atención... No, no debe tomarla con ella. Prometió fidelidad y respeto y así se mantendrá. Callar es lo mejor. Las palabras sobran cuando está intentando salvarla de verse envuelta en una contienda. Corre mientras la agarra. La cabeza al frente, sin espacio a la duda, sin espacio a la tentación.

Demasiado para ella, ciertamente. Unos días antes, su criminal sirviente desapareció, después de meses de estancia en el castillo. Meses de conversaciones. Meses de cambio en su interior. El fogonazo de luz que, aunque breve, la abstraigo de su hasta entonces triste y monótono universo. Le contestaba.







La humillaba. La hacía pensar y relajarse. La hacía reír hasta dolerle la mandíbula y, apenas unos minutos después, enfurecer hasta retirar el habla. Un chico incomprensible para una chica que necesitaba comprenderse. Así lo veía ella. Él no le contradecía nada del todo, pero tampoco la terminaba de apoyar sin fisuras en ningún tema.

— Mi labor de pago por mi vida es servirte. Supongo que ayudarte a comprenderte, como dices, será parte de mi servicio.

— ¿No crees entonces que realmente sea así? ¿Qué el destino te haya puesto en mi camino para ayudarme a descubrir el mundo?

— No creo en el destino. Ni tú tampoco.

— ¿Por qué lo crees?

— Alguien que creyese en el destino diría que yo estoy ahí para completarte como persona, ser tu media naranja, el hombre de tu vida, o cualquier tontería semejante... Tú sólo me dices que viéndome te estás comprendiendo mejor y aprendiendo de la vida.

— ¿Y en eso no podría influir el destino?

— No. En eso influye el mérito mío de hacerte ver las cosas o no...

— Como es habitual en ti, modesto.

— Déjame acabar. También influye tu capacidad para ver en mis palabras y acciones aspectos que te sirvan para comprenderte, como dices.





Hasta entonces nadie salvo sus padres la había increpado por algo en el feudo. Al principio que él sí lo hiciera la había dejado desconcertada, pero luego había aprendido a disfrutar con ello. En un mundo donde todos declinaban el sincerarse con ella, por miedo a represalias, él lo hacía. Sincero hasta hacerle daño. Sincero porque tenía razones para serlo. Ideas para serlo. La categoría para serlo. Eso siempre la inquietó. Y la princesa era, es, y será sincera.

— Oye.

— Dime.

— ¿Cómo se explica que una futura monarca aprenda cosas de un criminal?

— Eh...

— Hasta conocerte, pensaba que los delincuentes eran todos estúpidos rufianes sin ideas que mereciesen la vida. No termino de entender por qué alguien como tú delinquía.

— Ya te dije en su día que yo no cometí crimen alguno.

— Ya bueno... Pero sabías que iba contra las leyes no hacer caso a las autoridades.

— Sí.

— Luego entonces delinquistes, pues sabías que no debías hacerlo.

— Es un punto de vista.

— ¿Acaso hay otros?

— Siempre hay otros... Dices que tenías a los criminales por rufianes descerebrados.

— Sí.





- ¿Alguna vez te paraste a hablar con alguno?
- ¡Válgame! ¡Claro que no!
- ¿Entonces cómo sabes que lo son?
- Mis tutores y mis padres me lo dijeron.
- Lo que suponía... ¿Y tus tutores y tus padres vivieron alguna vez fuera de los límites del castillo?
- No, lógicamente... o al menos eso creo.
- ¿Entonces cómo saben que los delincuentes son estúpidos?
- Es obvio. Nadie con algo de razonamiento se dedicaría a quebrantar las leyes. Es absurdo.
- ¿Y acaso conoces las razones por las que las quebrantan?
- Supongo que su naturaleza, más cercana a lo animal que a lo humano, los llevará a realizar tales actos.
- Vaya, vaya... qué oportuno, ¿no? Y por suerte divina esa naturaleza os hizo a vosotros diferentes, claro.

¿Por qué ahora? Él no está. Tiene que liberar su mente. Su mayordomo ya no está. Un destacamento de soldados se encarga de protegerla mientras corren hacia los pasadizos de salida del castillo. Su padre no está. Su madre no está. Sus guardaespaldas le dicen que luego se verá con ellos. La luz del sol ya no entra por las ventanas. El humo lo impide. Los gritos suenan cada vez más cercanos. Por alguna razón, no deja de rememorar a su descarado criado. Lo echa de menos. La situación es crítica. Podría morir... espera, ¿de verdad podría morir? ¿¡Dónde demonios está!?. Empieza a darse cuenta de cómo están las cosas. Necesita a alguien que la contradiga como él acostumbraba. No tengas miedo





estúpida, no te servirá de nada. Deja de tropezarte. Deja de agarrotarte. Corre por los pasadizos sin mirar atrás. Tú sola puedes. No necesitas a los soldados, ni al mayordomo, ni a tus padres. Sálvate sin importar el resto... Lo intenta, pero no puede. Le cuesta respirar. Rodeado de extraños, su igual no está cerca. ¿Cómo va a correr? Le falta el aire. Caer al suelo otra vez. Su vestido está sucio. Los soldados abren el pasadizo. Su única posibilidad de sobrevivir está al otro lado del túnel. A pesar de tener la compañía del destacamento deberá caminarlo sola. Sola como cuando miraba el paisaje antes de que él apareciera. Demasiado sola.

- ¿Alguna vez supiste lo que es sobrevivir?
- Pues claro. Seguir viviendo.
- No, tonta. Eso, aunque sea sin motivación alguna, es vivir. Me refiero a sobrevivir.
- No veo el matiz... espera, ¿me acabas de llamar tonta?
- Sobrevivir es no tener ante ti la posibilidad de vivir. No hay comida. No hay agua. No hay nada ni nadie. Aun así, con ese panorama, te las arreglas de alguna forma para vivir más tiempo... Eso es sobrevivir. ¿Lo viviste alguna vez?
- No.
- Nunca te faltó comida, agua, salud, compañía...
- Exacto.
- ¿Y qué harías si te faltase?
- No lo sé. Aunque si me llegase tal circunstancia, quizá es porque la mereciese.
- ¿Consideras que mereces ahora la muerte?





- Por supuesto que no.
- Pues imagina que yo, de forma irracional, te encerrase por la noche en tu dormitorio, sin acceso al exterior y ningún alimento dentro.
- ¿Por qué harías tal cosa!?
- Porque me hubiera vuelto loco. Y hubiera matado a todo el resto del castillo. Nadie podría ayudarte.
- Me estás asustando...
- Imagínalo
- Uuummm... de acuerdo.
- Ahora imagina que, después de dos días en tales lamentables circunstancias, abriese yo la puerta. Tengo en una mano una hogaza de pan y en la otra una garrota.
- Sí.
- Te digo que si te dejas azotar varias veces, te daré comida. ¿Qué harías?
- Rehusar.
- ¿Aun a costa de morir?
- La vida no vale más que tal humillación. Jamás mancharía mi honor de esa forma.
- De acuerdo... Imaginemos ahora que me girase un momento, dándote la espalda, habiendo dejado antes la garrota en la silla, cerca de ti, y teniendo ambas manos ocupadas... ¿Qué harías?
- La cogería y te mataría.
- ¿Por qué?
- Necesitaría esa comida. Y tú sólo serías un loco que habría intentado matarme y habría matado a todos mis seres







queridos.

— Pero sería un acto criminal, ¿no?...

Estuvo después una semana pensando. Una semana para darse cuenta de que sus ideas se resquebrajaban demasiado a menudo hablando con ese joven. Lo disfrutaba. Lavando. Limpiando su ropa. Haciendo todo tipo de tareas para ella. Siempre tenía tiempo para abrir su boca mientras las hiciese, y cada vez que lo hacía ella lo miraba con sus ya no tan fríos ojos verdes. Muchas veces se decepcionaba al ver que, ciertamente, tenía aún demasiadas cosas de niño. Rebeldía, crítica, sublevación... Se empeñaba en ver una y otra vez formas absurdas e idílicas de mejorar un mundo que ella veía de otro color. Gris. Negro hasta conocerle. Mas de cuando en cuando parecía perder ese halo utópico e irracional, más dada su situación de criado recluso, y expresaba ideas que jamás habría esperado oír de nadie. Ningún maestro. Tampoco el rey, su padre. No había persona que la sorprendiese tanto. Entre la infancia y la edad adulta, él era el enlace que la llevaba a pensar por sí misma entre tanto pensamiento ofrecido sin condición. Con el paso del tiempo, la llamarada inicial se convirtió en suave pero cálida llama constante. Días donde apenas hablaban. Otros donde no paraban. Se iban conociendo poco a poco. La vela que iluminaba su pensamiento. La pequeña hoguera que daba algo de calor entre tanta gélida opulencia. No era mucho, pero para ella era suficiente.





- Por qué...
- ¿Dice algo princesa?
- No, nada.

Las puertas del pasadizo se cierran tras ellos. Antorchas que no iluminan. Antorchas que no dan calor. Ciega y congelada, sólo recibe órdenes de gente inferior a ella. Antes valorados, ahora le parecen deleznable. Se limitan a acatar decisiones de otra gente. No hacen nada por pensar. La comida del palacio es buena. Tienen casas dentro de las murallas. Su reputación es elevada... Escoria. Ninguno de ellos se plantearía clavarle un puñal en el pecho para salvar la vida de otras personas. Por evitar luchas. Porque la batalla del exterior cesase y no hubiese más muertes. No serían capaces. No sienten ningún afecto por ella, pero aun así la protegen. ¿En qué demonios piensan? ¿Tan importante es la fidelidad que profesan a su padre? ¿Al reino? ¿Creen acaso en algún ideal colectivo que les lleve a hacer eso? No... Sólo obedecen órdenes, demasiado débiles como para pensar por sí mismos. Jamás alcanzarán a alguien como su criado... pero ellos están protegiéndola y él desapareció. Está confusa. ¿Seguirá vivo? ¿Por qué se iría? ¿Por qué valoro tanto a alguien que no está cuando lo necesito? Tropieza. Caer. Apenas han avanzado por las catacumbas. Las antorchas ven como otra fuente de luz absorbe su luminosidad. La puerta del pasadizo se abre.

- ¡Princesa, cubrios!





— ¡Huid!

Desconoce ya las intenciones de esos soldados, pero la realidad es que tiene que correr. Se desentiende de ellos. ¿No es aquella su tan magna misión? Pues que ejerzan. Gritos. Órdenes. Espadas clavándose en la carne. Golpes secos. Oye demasiado como para pensar qué estará pasando detrás de ella. Una antorcha y el camino que tiene delante. Es lo único que importa. No sabe dónde va, ni cuánto durará. Desconoce aún los motivos de que esté huyendo de un ataque, pero da igual. Tiene que salvarse, como sea. Empieza a entender las palabras de su criado. Ahora mismo, en su ausencia, sola. Lo único importante es salir viva de todo aquello. Sobrevivir. Ya tendrá tiempo de vivir cuando salga de allí. ¿Quién la esperará? No importa. Ya lo verá. Corre. No se tropieza ya tantas veces. Su mente deja de tener imágenes intrusas. Lo está consiguiendo. El instinto sale a flote. Persiste concentrada sólo en ello. Puede hacerlo. Sabe hacerlo. Pero aún es lenta. No se oye nada ya. No hay gritos. Sólo un golpe seco en su espalda. Caer al suelo.

— ¡Argh!

— Vaya, vaya. Al final dimos caza a la princesita.

— ¿Qué hacemos con ella?

— Lo que queráis. Arriba ya está todo terminado.

— ¿No tiene ninguna utilidad como rehén?

— No lo creo.

— Ya veo...





Son cuatro, quizá cinco. Intenta girar la cabeza para verles, pero la suela de un zapato se lo impide. Duele. Nota el sabor metálico de la sangre en su boca. Va a morir. Los oye riendo, gritando, regocijándose. Hablan de ella como si ya estuviera muerta. Sucia en el suelo. Humillada. Sola. Su muerte, tantas veces cuestionada hasta casi el anhelo, puede producirse de la manera más denigrante que jamás habría pensado. No. No lo permitirá. Será fuerte. Por un momento piensa suicidarse para mantener su honor, pero ahora le da igual. Quiere vivir, aunque sea mancillada, sola, y sin ningún lugar al que ir. Si para ello tiene que someterse a esos bárbaros, lo hará... o lo habría hecho, pero parece que no será necesario. Sus pensamientos sobre qué podría ofrecer a cambio de su vida se truncan. Suenan gritos de pelea de nuevo. Choques metálicos. Un golpe contra el suelo. Amenazas, insultos. La situación debe ser desconcertante en la puerta del pasadizo.

- ¿Por qué? ¿Por qué nos haces esto?
- ¡Sin nosotros no estarías vivo!
- Lo ha matado... ¡Lo ha matado!
- ¡¡A por él!!

De nuevo más metal. Chillidos que sólo la muerte provoca. Más insultos. Más golpes. La presión de la suela sobre su cabeza desaparece, pero prefiere no mirar. Los ruidos cesan. Unos gemidos. Unos ruegos. Un último grito. El silencio. Unos pasos. Algo le dice que puede mirar. Que debe mirar.





- Tú...
- Sí, soy yo.
- ¿Por qué?
- No podía dejarte sola.
- Eso no...
- ¿Entonces?
- ¿¡Por qué te fuiste!?

En un pasadizo. Ella con la ropa destrozada, dolor en todo el cuerpo y una pierna terriblemente dolorida. Él, cubierto por una capa negra impregnada de sangre. Los cadáveres de fondo como público. Si su presumible muerte era patética, este reencuentro la supera sin duda alguna. ¿Se alegra? ¿Se enfurece? No lo sabe. No sabe qué sentir ahora. Tiene ganas tanto de golpearlo como de lanzarse a sus brazos. Lo necesitaba y ahí está. Pero llega tarde, muy tarde. No le hicieron nada de gravedad, pero es tarde. Se pregunta si no habría preferido que no hubiera venido, aun estando en manos de esos desgraciados. Sabe que debe agradecerle, pero su cara sólo le sugiere rencor. Decide abrazarlo. Él comienza a hablar antes de que lo haga. Las palabras la penetran. Se clavan en su alma. ¿Abrazarlo? ¿Agradecerle? Debería matarlo, pero no puede.

- Yo sabía que este ataque iba a ocurrir.
- ¿Cómo?
- Simpatizo con el grupo que llevó a cabo la revuelta. Varios de ellos son conocidos míos.





- No puede ser...
- En señal de que me valoran, me mandaron un mensajero informándome de que realizarían inminentemente un ataque.
- No...
- Me permitían a mí huir del castillo para no verme envuelto, pero no podía llevarme a nadie. El resto debían morir o ser apresados.
- No...
- Si avisaba a alguien o intentaba llevarte conmigo, me matarían nada más salir de las murallas.

Le falta el aire. Le faltan las palabras. Le falta capacidad para entender lo que está escuchando. Por un momento piensa en quitarle la espada, clavársela, y luego atravesar con ella su propio cuerpo. Por un momento... pero luego la sombra vuelve a sus pensamientos.

- Y... te fuiste... Así, sin más.
- Sí. El ataque que planeaban era a gran escala. Pensé que era irremediable. No te podía traer conmigo o moriríamos ambos.
- Tú...
- Por ello decidí que cumpliría sus condiciones y esperaba que vuestras tropas fueran capaces de rechazar el ataque sin que te pasase nada.
- Cobarde...
- Sí.





Aunque lo mira desde el suelo, por primera vez en el diálogo siente cómo su mirada es capaz de acompañar a la fuerza de las palabras.

— Me iban a matar.

— Lo sé.

— ¿Y pretendías dejarlo al azar? ¿A la suerte?

— Yo..

— Conocías perfectamente a los soldados del palacio y conocías a los que iban a atacar.

— Sí.

— Sabías de sobra que esta situación iba a llegar. Y aun así me dejaste tirada.

— ...

— Eres basura. No sé cómo puedes haberme hecho esto.

— ...

Él deja de mirarla a los ojos. Deja de hablar. Por primera vez desde que se conocen siente que lo doblega, pero no hay nada en ella que pueda disfrutar de eso que tantas veces quiso en el pasado. Al inicio sólo hay ira. Pero ahora lo ve así y los sentimientos se entremezclan. Desconcierto. Incomprensión. Hace un último intento por ver la luz.

— Aunque entiendo aun menos que hayas vuelto y hayas matado a tus amiguitos.

— Yo... quería salvarte.

— ¿Salvarme? ¿iSalvarme!? ¿iEsto te parece salvarme!?









— No. He llegado tarde.

Su mente termina de bloquearse. ¿Por qué no se defiende? ¿Por qué no la ataca con algún argumento imposible de rebatir sobre la conveniencia de arriesgar la vida por otros? Afirma todo lo que ella le increpa. La desespera. Quiere odiarlo por lo que ha hecho, y mientras siga con esa forma de actuar, no será capaz de conseguirlo. ¿Tan egoísta es? No sólo la abandona, sino que después no le deja ni el derecho al odio. Quizá no lo ejecutaría, pero le gustaría tenerlo. Se lo merece. No lo perdonará sólo con ser su sirviente. No lo hará salvo que alcance la perfección en todo lo que haga de ahora en adelante. También él es ahora escoria. Él mismo se ha convertido en ello por propia voluntad. No queda nada de su llama, sólo cenizas. Restos. Desperdicios del chico que la emocionó. Sumiso ante ella. Apesadumbrado por su traición. Aquella que lo expulsa de su confianza. ¿Desea recuperarla? ¿Realmente la valora como para haber vuelto y luchado? Que lo demuestre. Si ahora es escoria, tendrá que ser la mejor versión posible de sí mismo para acercarse siquiera a cómo lo valoraba ella hasta hace unos días... hasta hace unos minutos. No puede más. Está con él. Él está con ella. Pero no, jamás deseó esto. Se rinde. Hace caso omiso al dolor de su pierna y se incorpora a duras penas hasta estar de pie ante él. Lloro. Le grita. Lo golpea. Él no ofrece resistencia alguna. Finalmente apoya la cabeza sobre su pecho.

— ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué!





- ...  
— ¿¡Por qué fuiste capaz de abandonarme ante la muerte!?
- ...  
— ¿¡Por qué no me avisaste!?
- Lo... lo habrían sabido... y habrían atacado antes de que pudiéramos huir.
- ¿¡Cómo estás tan seguro!?
- ...  
— ¿¡Por qué actuaste por tu cuenta!?
- ¿¡Por qué fuiste tan egoísta!?
- Yo...
- ¿¡Por qué!?
- ... Lo siento.

Su ira se va desahogando, pero al mismo tiempo eso la agota. Se le están acabando las fuerzas. Demasiado esfuerzo. Demasiada tensión. Sólo sus ganas de verle la cara, unidas a las de odiarle, permiten que no se desmaye. Deja de llorar. Lo mira fijamente. Tranquila. Necesita decirlo.

- ¿Por qué volviste a por mí?
- ...  
— Contesta. Ahora.
- ... No tengo ni idea. No lo sé.

Era la respuesta que necesitaba. Puede odiarlo del todo, pero no lo va a hacer. Ya no tiene por qué mantenerse despierta. Cierra los ojos. Nota el dolor en las sienes. El de la



pierna. El de la boca. Se empiezan a disipar. Se va a desmayar. Visto lo visto, quizá no despierte. Si no es con él al lado, le da igual. Se deja llevar por el agotamiento. Sólo una gran fuerza de voluntad le permite hacer acopio de fuerzas para pronunciar unas últimas palabras. Pierde el sentido. Termina de caer del todo sobre él, no sin antes intentar infructuosamente agarrarse a su capa. Se acabó. No hay nada. No hay odio. No hay cariño. De él depende ya todo ahora.

— Sácame de aquí... Sálvame...





# EL VIAJE







Está agotada. Horas. Días. Meses huyendo. Renegada de todo. Perseguida allá donde vaya. No hay una causa real para que quieran matarla. El reino cayó. Sus padres murieron. Sus conocidos también. Y quien no murió fue esclavizado. La revuelta llegó a «buen» puerto. Supone que simplemente querrán regocijarse en su victoria. Eliminar a la última superviviente de la estirpe real. Quemar la última mala hierba, aunque ésta ya no moleste a ninguna otra planta. Jamás pensó que pudieran organizarse de esa forma los pobres. Tampoco consideró que pudieran tenerles tanto odio. Durante los meses que estuvo él en el palacio con ella, sus conversaciones le hicieron pensar que ciertamente las condiciones de vida de aquellos que creía inferiores no eran todo lo buenas que pudieran ser y que sus tutores no le habían contado toda la verdad sobre el mundo, la vida y su gente... pero no, nunca habría imaginado tanto odio. Su reino ya ni siquiera conserva su nombre anterior. Quemaron el castillo entero. Todas sus pertenencias. Todos sus recuerdos. No tiene nada ya. Sólo vagar sin descanso, pidiendo asilo político en un reino tras otro. Siendo nuevamente rechazada, por tercera vez, y viéndose ahora de nuevo en camino de otra posible nueva casa. Rogando porque esta vez sí la acepten. Rogando porque hasta llegar allí no la encuentren sus perseguidores en el camino. A su lado anda otro hombre. El hombre. No sabe si decir «su» hombre. Atrás quedó ya ese chaval que la sorprendió con su descaro, labia e ideas. Atrás quedó también aquel joven que la traicionó, sabiendo todos



los planes de la revuelta, pero que después volvió a por ella arrepentido, jugándose la vida entre choques de espada. Ahora mismo sólo es... él. La única persona que tiene en el mundo. Y también ella es la única persona en el mundo de él, tras verse forzado a acabar huyendo del reino. Tampoco él entiende por qué no los dejan en paz ya. Desterrados. Sin nadie. Ya han sufrido suficiente. Esto no tiene nada que ver con los ideales rebeldes que abrazó. Esto es gratuito. Tan denigrante como aquellas conductas de los reyes y nobles que tanto odiaban. Cambiaron las tornas, pero no las actitudes.

- ¿Por qué no nos dejan en paz?
- No lo sé.
- Nunca sabes nada.
- Es difícil entender por qué son tan crueles.
- Tú deberías...
- No empecemos. Quería que el pueblo tuviera mejores condiciones de vida. No una cacería por diversión.

Discutían casi a diario. Ahora ya apenas. Cuando se encuentran mal, se sonríen, se abrazan, se intentan dar fuerza el uno al otro. Demasiado odio les tiene la vida al parecer como para odiarse entre ellos. No merece la pena. Nada la merece, pero eso menos que cualquier otra cosa. Ven las murallas. Las alcanzan. La princesa enseña a los guardias la insignia real. La dejan pasar inmediatamente. Pide audiencia con el rey. ¿Cuál es éste? ¿El cuarto o quinto monarca al que







tendrá que suplicar? No lo sabe. A partir del segundo ya ni siquiera conocía el rostro de aquellos que la recibían. Expone su situación. Sabe la respuesta, pero se empeña en sobrevivir. Tiene que sobrevivir. Mataría a ese rey si le sirviera para sobrevivir. A él no lo dejan pasar. Minutos después sale ella de la sala con un gesto inexpresivo. Muy poco tiempo. Sin emociones. Él ya sabe la respuesta. No dice nada. Salen del castillo, compran algo de comida con el dinero que aún les queda. Se van de la ciudad.

— Lo siento princesa, pero adoptarte como refugiada del reino nos traería muchos problemas. El nuevo gobernante de tu antiguo país...

— Se ha aliado con las provincias del este. Lo sé. Están formando una potencia militar cada vez más extensa y peligrosa. Es mejor no provocarlos. Son un enemigo al que no podríais jamás vencer.

— Veo que lo entendéis.

— Sí. Claro que lo entiendo. La seguridad de vuestro pueblo es lo primero, amén de la vuestra propia.

— Lo siento...

— No lo sienta, majestad. Es la forma correcta de obrar. Tengo ya aceptado que es difícil que alguien esté tan loco como para arriesgarlo todo por proteger a una princesa cuyo país ya ni conserva el nombre.

— ¿Lo seguiréis intentando?

— Por supuesto.

— ¿Y si probarais a entregaros voluntariamente?





- Me matarían.
- Entiendo...
- ¿Ibais a decir algo?
- No. Es que...
- No lo digáis. Jamás me dejaré matar. Viviré.

Lleva encima demasiada responsabilidad como para dejarse matar. Todo lo que conocía, todo lo que de una u otra forma valoró, desaparecerá si ella muere. Emprende el viaje a otro reino. Después otro. Se les acaba el dinero. Roban a una familia. Los descubren. El chico consigue salvar la situación gracias a su destreza con la espada, pero se ven obligados a huir de ese reino. Otro... Otro... Otro... hasta que su cuerpo no puede más. Caer rendida sobre las piedras del camino.

- Lo siento.
- ¿Por qué te disculpas?
- No... no me disculpo contigo.
- ¿Entonces?
- Con todos... Con mis padres. Con mi mayordomo. Con el resto de sirvientes. Con todos los nobles que yo despreciaba y sin embargo me agasajaban... Con mi reino, sea lo que sea lo que eso signifique.
- ...
- Se acabó, mi pequeño sirviente. Me parece que el cuerpo no me da para más.





Sabía que podía ocurrir. Un cuerpo habituado a vida de palacio. Un cuerpo débil. Ya mucho ha hecho resistiendo durante cientos de kilómetros. Se había aliado con ella, en búsqueda de que ambos, cuerpo y alma, se perpetuasen, se sobrepusiesen a su horrible destino, y consiguieran volver a vivir. Pero hacía ya muchos días que notaba que empezaba a flaquear. Finalmente hoy se ha rendido. Hace un par de infructuosos intentos antes de sonreírle con resignación. No puede seguir caminando. Él no sonríe. La mira muy serio.

— No se ha acabado. Te cogeré en brazos. Si vas a morir, morirás luchando o en un médico. No tirada aquí.

Ella se sorprende. Esperaba la resignación de su acompañante, pero después de mucho tiempo ha vuelto a sorprenderla. No es intenso. No es una llamarada. Pero son las ascuas de lo que fue en su día. El calor que necesita. Su corazón se había enfriado hasta aceptar la muerte. Él ha conseguido calentarlo, al menos un poco más. Se encarama como puede a su espalda. Reanudan la marcha.

Otro reino más. Otra negativa más. Por lo menos en esta ocasión lo dejan pasar a él, dado que ella no puede caminar por sí sola. Al salir se ríe suavemente.

— ¿De qué te ríes tú?

— Bueno. Ya no eres tan plebeyo. Gracias a mí has estado presente en la audiencia de un rey.







— Serás tonta...

El viaje prosigue. Se ven obligados de nuevo a robar, esta vez unos abrigo. Cada vez están más al norte. La lluvia y la nieve hacen acto de presencia de cuando en cuando. Ella se tapa. Las odia. En su castillo siempre hacía sol. Él se descubre parte del cuerpo y le da la ropa para que ella se tape mejor. Le encantan. En el reino dónde vivía, siempre hacía sol. La gente del norte resulta ser muy diferente a cómo creían ellos. Lejos de ser bárbaros, son agradables y hospitalarios. Grandes guerreros, como el chico comprueba en un par de reyertas en un camino. Si sus perseguidores fueran como éstos probablemente ya habrían muerto. Hace tiempo que no saben nada de ellos. Pero ya no pueden estar quietos. Llevan dos años huyendo. Ya no saben hacer otra cosa. Quieren que un reino los cobije con seguridad real. No se confían. El rey de este reino también los rechaza, pero la forma es diferente.

— Lo entendéis... ¿Verdad, princesa del sur?

— Sí. Perfectamente.

— Nosotros no podemos protegerte. Somos un reino pequeño... Pero...

— ¿Pero?

— Mirad. Os voy a escribir una recomendación para mi primo, rey de las montañas al noroeste. Él si cuenta con un ejercito poderoso... y bueno, es un idealista que odia las injusticias. Un poco belicoso, pero buen rey. Si escucha tu historia puede que, con su capacidad real, pueda cobijarte.





Por primera vez algo que parece una buena noticia. Ella llora. Él nota como las lágrimas caen en su espalda. La sujeta, se levanta y hace una reverencia al rey mientras le da las gracias. Ella lo intenta, pero apenas le sale un sollozo inaudible. Salen en cuanto tienen el salvoconducto. La nieve los recibe con un manto blanco. Se ponen sus abrigo. Reanudan la marcha. Tienen por fin una posibilidad.

Pero las montañas están muy lejos. El cuerpo de la chica era débil, pero el del chico no era tan capaz como él pensaba. El sobreesfuerzo de llevarla en la espalda acaba pudiendo también con sus fuerzas. Ella duerme acurrucada en su lomo. No puede despertarla. Intentará descansar sin que ella abandone su placentero, por una vez en mucho tiempo, sueño. Se refugia bajo un árbol. Se arrodilla... Caer de lado. La chica cae junto a él y despierta.

- ¿Qué ocurre?
- Lo siento...
- ¿No puedes más, verdad?
- ...
- Tranquilo. Descansemos.

Esta vez es la calma y tranquilidad de ella la que sorprende al chico. Esperaba que se desesperase, echase a llorar, o le rogase que lo intentase. Pero no. Se sienta como puede a su lado. Tira de él hasta apoyarlo sentado en el árbol cercano. Nada más conseguirlo caer. Después de meses sin andar, forzó





a sus piernas a hacerlo. Quizá ha sido demasiado. Pero él lo merecía.

- Oye... Yo...
- Calla y descansa. Es una orden.

El chico cierra los ojos. Piensa que está completamente cambiada a cómo la conoció. Piensa que nunca cambiará. Piensa hasta quedarse dormido. Despierta. Vuelve a tener sentir sus piernas. Mueve un pie. Mueve otro. Comerá algo. Se nota con fuerza para seguir, aunque sea un poco más. En alguna parte de su ser, nota como si la serenidad de la joven ante su desfondamiento le hubiera dado fuerzas renovadas. Va a avisarla de su despertar, cuando nota algo en su hombro. Se quedó dormida. El esfuerzo de levantarse debió ser muy grande. Todos sus esfuerzos debieron ser muy grandes. Toma la mano de la chica, aprovechando que duerme. Es suave y cálida. Esperará.

Despierta al notar algo en sus dedos. Entreabre los ojos. Ve como el chico está despierto, mirando al cielo. Ve sus manos. Sonríe. Aprieta con toda la fuerza que puede. El chico se gira, la mira y se avergüenza. Ella sonríe de nuevo.

- ¿Estás ya bien?
- Sí.
- Sigamos pues.





Las montañas ya no están tan lejos. Poco a poco se van acercando. Tras seis días de caminata, las alcanzan. Hacen un descanso en la base. Comen. Beben. Hablan y ríen. El aspecto de ambos es completamente diferente a cuando huyeron de su tierra natal. Absolutamente demacrados. Más similares a un cadáver que a un ser vivo. Sin embargo ambos se ven tan bien como cuando charlaban en el palacio. Quizá incluso mejor. La esperanza perdida hace tiempo los guía. Ya no son dos supervivientes. Quizá al pasar esas montañas alguien los reciba. Es suficiente. Ellos dos y esa esperanza. Pueden vivir.

Los dos se quedan en silencio. El chico come. La joven le toma la mano, ante su sorpresa. Lo mira directamente a los ojos. Quiere preguntarle algo. Siente que el pensamiento que lleva unos días meditando debe por fin salir. Y cree que la contestación la hará sonreír.

— Oye.

— Dime.

— Sabes que si no hubieras vuelto a por mí, probablemente te habrías acostumbrado a ello... y no habrías pasado por todo esto.

— No lo creo. Pero si fuese así... ¿Y?

— Pues que por qué lo hiciste.

— Ya te lo dije. No tengo ni idea.

— Sí lo sabes...

— ¿En qué estás pensando si puede saberse?







- Pues que no lo habrías hecho por nadie más.
- Pues claro que no.
- ¿Y por qué?
- Porque eras tú la que estabas en peligro.
- ¿Y quién soy yo?

La chica sonríe nada más pronunciar las palabras. Vuelve a sentir, aunque sea durante unos segundos, la llama de cuando lo conoció. No lo puede controlar. Pero él decidió estar con ella. El verde de sus ojos se vuelve vidrioso antes siquiera de escuchar la respuesta del chico. Él sabe que ha caído en la trampa de su compañera. Se acuerda perfectamente de cuando se lo preguntó la primera vez. Una parte de él tiene ganas de volver a responderle con aquella rebeldía y ver qué cara pone... pero la otra es más grande. Ya no tiene razones para no darle el gusto. Es más, desea dárselo. Después de todo este tiempo, ya no puede mantener la farsa de preguntarle por su identidad.

— Tú... eres la princesa. Mi princesa.

Ella sonríe, antes de cerrar los ojos, dejar que salga el suave llanto, y abrazarlo. Él la agarra también con fuerza. Y también nota cómo las lágrimas surcan sus mejillas. Muchas veces las retuvo. Ahora ya no tiene sentido. Nada que no comparta con ella lo tiene. Ese abrazo sí. Tras unos segundos que valen por años, ella se separa ligeramente, antes de posarle la mano en la mejilla. Las miradas vuelven a cruzarse. Al unísono dejan de



hacerlo, posándose en el camino que tienen por delante.

— Venga, vamos.

— A ver si es tan bondadoso como dicen.

— ¡A ver!





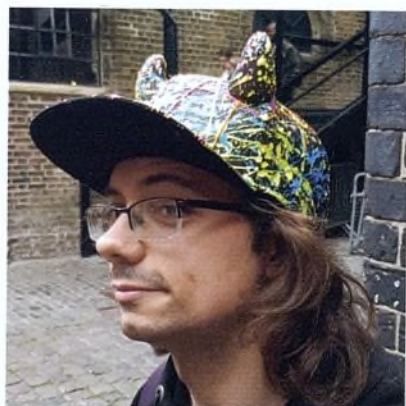
## AGRADECIMIENTOS

Si algo tiene este cuento es que, desde luego, tras más de una década desde que se lo escribí a Rosa, tiene unos cuantos a los que agradecer. En lo artístico, el primero mi costillo Álvaro Ming (TW: @alvaroming), ya que esa primera ilustración que hizo sobre el cuento -y que tenemos en nuestro salón- fue el comienzo de todo, de ver que podía quedar algo bonito si no se limitaba sólo al texto. También agradecer a Viki Serrano (TW: @cookiesdf IG: cookiesdf) e Isa "Miyu" (TW: @Milyuyus IG: milyuyus), dos crackazas que en su momento trabajaron conmigo para hacerlo realidad y que, aunque al final no terminamos de conseguirlo, sus bocetos e increíble trabajo ayudaron mucho a que acabara siendo una realidad, a mantener ese fuego vivo. Y por último, lógicamente darle gracias a Moni por acompañarme en este viaje y haber realizado un arte tan precioso y magnífico. Lo cocimos a fuego lento pero el resultado final creo que mereció mucho la pena... Eres una artista, leñes.

Luego, en la parte ya personal, agradecer a mi familia por siempre apoyarme en mi faceta artística, en los buenos días y en los no tan buenos, y ayudarme a ser lo que soy. También a mi gente de Madrid, Galicia, Mérida, Barcelona y demás que tengo desperdigados por ahí que se interesaron en mi currol, fuera en la medida que fuera, así como a mis hermanos de NEUH por siempre apoyarnos mutuamente y ser ese motor imparable de creatividad que no permite que sus miembros se vengán abajo. No sé si si esto habría salido sin vosotros.

Y, para el final, por supuesto, dejo a la protagonista... mi Rosa, la princesa de este paje, la que inspiró este cuento y sigue inspirándome día a día. Espero poder hacerte alguna nueva obra dedicada en breve -que demasiado tiempo llevas esperando- y no puedo dejar de agradecerte todo lo que eres para mí, lo que me haces sentir... y, sobre todo, que contigo no haya un sólo día que no me ría aunque sea un poco, vengán como vengán dadas. Lof you so extreme.

A todos vosotros, gracias... y a ti, si no estás en la lista pero estás leyendo esto, gracias también por confiar en mi trabajo. Espero que te haya gustado y nos veamos en otras obras. ¡Hasta pronto!



Instagram & Twitter:  
@duende\_lew

## LEWIS

Orgullosa miembro de NEUH, guionista de cómics, novelista, psicólogo de artistas y rapero... Todo lo malo, vamos. Autor de Terra de Meigas y Terra de Meigas: Belladona junto a Álvaro Ming, así como guionista de los cómics Baila Conmigo, Always High, colaborador en El Posabirras del Mal y escritor de las novelas Meils desde la Ciudad y La Mano del Gigante. También colaboró en publicaciones como Enlace Funk, Sextories, Erial Magazine, Gatto Nero y la recientemente publicada Antología Hopepunk de NEUH.



Instagram & Twitter:  
@Holamonimoni

## MONIMONI

Nacida en Madrid como Mónica Cencerrado, tras pasar sus estudios de Grado Superior en Ilustración termina especializada en ilustración infantil. Autora de Los Viajes de Sofía, Dilemas de una Dibujante Manga y Lo que Cuentan las Estrellas, no es raro verla dando alguna masterclass de Wacom, montando su stand en eventos... o haciendo sus pinitos con la fotografía aquí y allá.

Este cómic forma parte del catálogo de obras del colectivo de autoedición NEUH.



¿Quieres saber más sobre nosotros?  
¡Entra en nuestra página!  
[www.neuh.es](http://www.neuh.es)



AYUNTAMIENTO DE MADRID



1401851236

– ¿Cómo te llamas, chico?  
– No sé. ¿Quién eres tú?

Una joven y aburrida princesa.  
Un joven y belicoso sirviente.

El relato de cómo sus caminos se cruzan,  
haciendo que nada vuelva a ser igual.

Dos realidades vitales y sociales que  
propiciarán que ambos crezcan y se vean  
envueltos en unas circunstancias que  
nunca habrían esperado... pero que serán  
las que los lleven a realmente conocerse  
a sí mismos. Conocer al otro.